

JACK LONDON Y SU RELACIÓN DE AMOR-ODIO CON LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Ana Rosa Suárez Argüello*

Baja California, 1911

Jack London debió de enterarse en su soberbio Beauty Ranch de Sonoma, California, acerca de los disturbios que agitaban a México desde fines de 1910 y prestó creciente atención a la prensa local y nacional que relataba con detalle cómo esos disturbios se convertían en revolución.¹ Desconocemos lo que opinaba al respecto, si bien por lo que sabemos de su persona podemos decir que se percató de inmediato acerca del carácter moderado del movimiento dirigido por Francisco I. Madero y, como otros izquierdistas en Estados Unidos, de que la Revolución maderista no pretendía derrocar el capitalismo mexicano, aun cuando su triunfo sí podría facilitar la realización de algunas reformas.²

De allí que London, quien se reconocía como socialista —lo cual equivalía para él a luchar por una sociedad más justa—,³ aplaudiera la noticia de que, el 29 de enero de 1911, un grupo de dieciocho partidarios de Ricardo Flores Magón hubiera tomado la población de Mexicali, derrotando a las fuerzas del ejército federal, pues veía más posibilidades en él que las ofrecidas por los maderistas. Entusiasta, unos días después dejó sentir su peso en el Labor Temple de Los Ángeles, donde se había organizado una reunión a favor de esta milicia, en la que se lograron juntar ciento cuarenta dólares —suma que apenas alcanzaba, si acaso, para calzar a los combatientes—. London no quiso pronunciar un discurso, pero sí envió un manifiesto desafiante y sarcástico a “los queridos y valientes camaradas de la Revolución mexicana”. Les decía:

Nosotros, los socialistas, anarquistas, vagabundos, bandoleros, forajidos y ciudadanos indeseables de Estados Unidos los apoyamos en cuerpo y alma en sus intentos por derrocar la esclavitud y la autocracia en México. Ya se habrán dado cuenta de que no somos

* Investigadora titular en la Dirección de Investigación del Instituto Mora y profesora de asignatura en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. asuarez@mora.edu.mx.

¹ Margaret A. Secor, “San Diego Looks at the Maderista Revolution in Mexico 1910-1911”, *The Journal of San Diego History* (verano de 1972), en <<http://www.sandiegohistory.org/journal/72summer/maderista.htm>>, passim; *The New York Times*, 20 de febrero de 1911.

² Ivie E. Cadenhead, Jr., “Flores Magón y el periódico *Appeal to Reason*”, *Historia Mexicana* (julio-septiembre de 1963): 90-91; Jennie A. Chinn, *The Kansas Journey* (Layton, Utah: Gibbs Smith, 2005), 180.

³ Geoffrey Harpham, “Jack London and the Tradition of Superman Socialism”, *American Studies* 16, no. 1 (1975): 23.

seres respetables. Tampoco lo son ustedes. En estos días en que impera la propiedad, ningún revolucionario puede serlo. Se nos ha calificado con los mismos adjetivos que ahora les adjudican a ustedes. Pero cuando el robo y la avaricia toman la palabra, nosotros, los hombres honestos, los hombres valientes, los hombres patriotas y los mártires no podemos esperar nada mejor que ser nombrados hombres “fuera de la ley”. ¡Seámoslo!

Ya querría yo que hubiese más hombres “fuera de la ley” como los que formaban la valiente partida que se apoderó de Mexicali, como quienes resisten heroicamente en las mazmorras de Díaz, como quienes hoy luchan y mueren y se sacrifican en México.

Yo también me declaro “fuera de la ley” y revolucionario.⁴

El texto, publicado profusamente por la prensa socialista,⁵ daba un espaldarazo a Ricardo Flores Magón y a sus seguidores en México y Estados Unidos, el espaldarazo del escritor más popular y mejor cotizado de su país en ese momento.

La “valiente partida” que había tomado Mexicali era un destacamento organizado por el Partido Liberal Mexicano (PLM), el cual tenía algún tiempo de preparar una revolución social y había dispuesto que ésta estallara en la península de Baja California. El alzamiento de Madero interrumpió este plan. Se acordó apoyarlo, a pesar de las diferencias ideológicas, pero sin hacer causa común con él. El apoyo duró tan sólo unas semanas; al sentirse traicionados por la excesiva medida de aquél, los magonistas retomaron el plan original y emprendieron la incursión en Baja California a fines de enero de 1911.⁶

Todavía era un estudiante al inicio del siglo xx, cuando Ricardo Flores Magón comenzó a asistir a los congresos celebrados por los liberales en todo México para exigir la libertad de expresión, el fin de las reelecciones de Porfirio Díaz y el cumplimiento de las Leyes de Reforma. A la vez publicaba *Regeneración*, un periódico contrario al régimen imperante. La represión no se hizo esperar y se manifestó en el cierre de numerosas publicaciones, la cárcel, persecuciones y el exilio para los disidentes. Tanto Flores Magón como su hermano Enrique, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Juan Sarabia y otros respondieron radicalizándose, de manera que en 1905, con la fundación del Partido Liberal Mexicano en San Luis, Missouri, sus metas iban mucho más allá de las originales, pues el nuevo partido reclamó una reforma agraria, mejoras educativas, leyes laborales, protección al indígena, entre otros asuntos.⁷

Hubo varios resultados. El primero fue que los liberales moderados se apartaron. El segundo, que los magonistas se dedicaron a la tarea de provocar una revolución social en México, mediante levantamientos, rebeliones en la frontera y huelgas. El tercero fue, naturalmente, que la represión aumentó; la mayoría debió exiliarse a Estados Unidos y actuar desde allá. Acosados de forma implacable por los esbirros

⁴ Jeanne Campbell Reesman, *Jack London's Racial Lives. A Critical Biography* (Atenas: University of Georgia, 2009), 271.

⁵ Richard O'Connor, *Jack London*. Biografía (México: Diana, 1966), 417.

⁶ Salvador Hernández, “El magonismo 1911: la otra revolución”, *Cuadernos Políticos* (julio-septiembre de 1975): passim.

⁷ Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, vol. 1 (México: Grijalbo, 1996), 70-72.

que Díaz o el gobierno de Theodore Roosevelt pagaron, se pasaron varias temporadas en prisión, además de que tuvieron que andar a salto de mata por Texas, Missouri, Arizona y California.⁸

Los Flores Magón y sus colaboradores estaban en contacto con intelectuales y grupos de izquierda en Estados Unidos, que iban desde los integrantes del Partido Socialista de Eugene Debs a los International Workers of the World (iww). El primero, con un discurso reformista, poco dogmático y partidario de ganar presencia en las urnas, se había fortalecido en los últimos años, razón por la cual muchos de sus contemporáneos temían que se convirtiera en una fuerza política mayor, en tanto que los segundos (o *wobblies*, como también se les llamaba) constituían un sector radical y combativo, defendían un sindicato obrero único, que no excluyera a nadie por razones de sexo, raza o capacidad, y postulaban la acción directa, con el objeto de preparar a las masas para una huelga general que culminara en la expropiación de capitales.⁹

Estos intelectuales y grupos izquierdistas no ocultaban sus simpatías por los disidentes del país vecino y en 1908 formaron la Liga por la Defensa de los Revolucionarios Mexicanos, brindando a éstos apoyo moral y económico. Era el caso de los esposos John y Ethel D. Turner, que participarían activamente en la campaña de Baja California, y de Jack London, autor de *El llamado de la selva* (1903) y de más de cuarenta novelas y textos cortos, que habían hecho de él el escritor más famoso y mejor pagado de Estados Unidos.

London tenía una buena amistad con los Turner, con quienes solía coincidir en Carmel, al sur de Monterrey, California, adonde un grupo de artistas y escritores célebres, como Upton Sinclair, Sinclair Lewis, Lincoln Stephens, Ambrose Bierce, George Muir, Frank Norris y George Sterling, entre otros, acudían a encontrar inspiración en el espectáculo de las “olas azul pavo real, atravesadas por la luz dorada del sol, rompiéndose estrepitosamente en blanca espuma sobre una playa casi virginal”.¹⁰ Allí algunos poseían una cabaña, otros como London y los esposos Turner iban nada más de visita. En ese sitio tenían reuniones donde hablaban de todo, sin duda también de los múltiples y crecientes aprietos por los que pasaban México y la cercana Baja California.¹¹

Proseguía la lucha en la península. Después de tomar Mexicali, alrededor de unos quinientos hombres, llenos de entusiasmo por el triunfo, se habían integrado a las fuerzas rebeldes. Muchos eran extranjeros, sobre todo estadounidenses; había *wobblies*, socialistas, residentes mexicanos en California, desempleados, aventureros.

⁸ Colin M. McLachlan, *Anarchism and the Mexican Revolution: The Political Trials of Ricardo Flores Magón in the United States* (Berkeley: University of California Press, 1991), 1-30.

⁹ Howard Zinn, *A People's History of the United States* (Nueva York: Harper and Collins, 1980), 324; Philip Sheldon Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vol. 4, *The Industrial Workers of the World* (Nueva York: International, 1980), 391-394.

¹⁰ *The Valley of the Moon* (1913), en <<http://london.sonoma.edu/Writings/ValleyMoon/bookIIIchapter6.html>>, consultada el 1º de octubre de 2010.

¹¹ O'Connor, *Jack London*, 254-355.

El armamento con que luchaban procedía de Los Ángeles, donde John Turner se encargaba de reunirlos y enviárselos.¹²

Estas fuerzas combatieron durante casi cinco meses, por un tiempo con bastante éxito, pues las tropas locales eran pocas y el ejército federal se hallaba muy ocupado lidiando con los distintos brotes insurgentes que surgían en todo el país, sobre todo en el estado de Chihuahua, donde los partidarios de Francisco I. Madero adquirían cada vez más fuerza. La batalla más importante en Baja California tuvo lugar en Tijuana los días 8 y 9 de mayo de 1911; la conquista de esta población fortaleció la reputación de genuinos revolucionarios que ya tenían los magonistas.¹³

Sin embargo, tanto sus victorias como sus propuestas radicales les arrebataron no sólo la posible buena voluntad de los maderistas, sino de distintos grupos de interés en Estados Unidos que se sintieron amenazados. Por un lado, la revuelta impedía los trabajos de irrigación que, con autorización del gobierno porfirista, llevaba a cabo la administración de William H. Taft en el lado mexicano del río Colorado. Taft había pedido la protección mexicana para los ingenieros; como Díaz le respondió que, por el momento, estaba imposibilitado para darla, él le ofreció ayuda militar, la cual fue aceptada, de manera que dos mil quinientos soldados estadounidenses llegaron al límite entre California y Baja California en marzo y el torpedero *Yorktown* zarpó del puerto de San Diego rumbo a Ensenada.¹⁴

Con todo, el gobierno de México acabó por enviar a un batallón de infantería a combatir a los alzados, pero también a salvaguardar las inversiones de varias empresas, entre éstas de la Colorado River Land Company, en posesión de todo el valle de Mexicali, y de la poderosa California-Mexico Land and Cattle Company, propiedad de Harrison G. Otis, también dueño del influyente diario *Los Angeles Times*, de su yerno Harry Chandler, editor del mismo diario, y de William Randolph Hearst, el propietario de *Los Angeles Examiner*.¹⁵

Por lo demás, Otis, enemigo acérrimo de los *wobblies* y hondamente resentido con ellos por haber dinamitado el edificio de *Los Angeles Times* en octubre, escribió a Taft para pedirle que enviara tropas a la frontera. Y tanto él como Hearst libraron con sus cadenas de periódicos toda una campaña destinada a acabar con *wobblies*, magonistas y demás, acusándolos de “vagabundos, bandoleros, forajidos”, justo como London había predicho, pero también de “filibusteros”, esto es, de buscar la anexión de Baja California a Estados Unidos.¹⁶

La gran variedad de orígenes de los combatientes, así como su falta de experiencia y disciplina bélica les hizo cometer errores estratégicos. También enfrentó

¹² Lowell L. Baisdell, *La revolución del desierto, Baja California, 1911* (México: SEP-Universidad de Baja California, 1993), 139, 236; Peter Gerhard, “The Socialist Invasion of Baja California, 1911”, *The Pacific Historical Review* 15 (septiembre de 1946): 295-304.

¹³ Salvador Hernández Padilla, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922* (México: Era, 1988), 139 y ss.

¹⁴ *Ibid.*, 143, 160, 180, 186.

¹⁵ McDougal, *Privileged Son: Otis Chandler and the Rise and Fall of the L.A. Times Dynasty* (Nueva York: Da Capo, 2002), 74-75.

¹⁶ Hernández, *El magonismo...*, 143-144.

a los *wobblies*, quienes pretendían establecer en Baja California una república desde la cual pudieran derrocar al sistema capitalista de su país, y a los magonistas, decididos a que la revolución iniciada en Baja California se extendiera por todo México. Motivos de conflicto fueron también la actitud de superioridad racial de los anglosajones y el hecho de que su líder, Ricardo Flores Magón, no se presentara en el frente. Esto, más la falta de órdenes y suministros bélicos, incluso alimenticios, coadyuvarían al fracaso final unas semanas después.¹⁷

Para entonces, Porfirio Díaz se había rendido y, luego de renunciar a la presidencia, partió al exilio. Después de una etapa de dudas, causadas por la renuencia de Madero a reprimir a quienes tanto habían combatido a la dictadura, el gobierno interino de Francisco León de la Barra logró el asentimiento del presidente en ciernes y negoció el permiso de Estados Unidos para transportar en ferrocarril, desde El Paso hasta Calexico, a mil quinientos soldados del ejército federal, con la misión de reforzar a las tropas estacionadas en la península. Era el fin del sueño bajacaliforniano; los jefes rebeldes así lo entendieron y entregaron las armas el 17 de junio de 1911.¹⁸

¿Qué hizo Jack London a favor de “los queridos y valientes camaradas de la Revolución mexicana” después de su entusiasta manifiesto en el Labor Temple? Nos faltan datos al respecto. Suponemos que estuvo al tanto de los sucesos por la prensa y las noticias que Turner y otros debían de llevar a las reuniones en Carmel. Y especulamos que, como sucedió a otros integrantes del Partido Socialista, su entusiasmo menguó a la vista del caos en que degeneró el movimiento.¹⁹ Nada más.

No obstante, existe un relato del propio London, que constituye un material de primera para saber qué hizo y qué pensó durante ese tiempo, si bien hasta ahora ha sido desdeñado como fuente de información, tal vez por su índole literaria. Se trata de un cuento titulado “El mexicano”, que publicó el 19 de agosto de 1911 en el *Saturday Evening Post*, entonces la revista ilustrada de mayor circulación en Estados Unidos.²⁰

El relato nos deja saber que, al menos de vez en cuando, London llegaba a las dos piezas que servían de sede en el exilio a la Junta Revolucionaria del PLM y se enteraba de las angustias y crispaciones que la dominaron los días previos a la incursión en Baja California: “bregaban lo que podían —nos dice, acercándonos así a ellos— y siempre andaban sin céntimo en el bolsillo, muriéndose de hambre”.²¹

Dos hechos nos dan confianza en el cuento: uno es que “la pequeña señorita Sethby”, a cargo de la correspondencia y las cuentas de la junta, fuera Ethel Duffy Turner, quien lo reconoció en una entrevista posterior.²² El segundo, que la historia de

¹⁷ *Ibíd.*, 206, 212, 221-222; Gerhard, “The Socialist Invasion...”, *passim*.

¹⁸ Lawrence Douglas Taylor Hansen, “¿Aventurero o defensor de los principios magonistas?: el papel de Jack Mosby en la revuelta de 1911 en Baja California”, *Región y Sociedad* 12, no. 20 (2000): 129-130.

¹⁹ Hernández, *El magonismo...*, 6, nota 9.

²⁰ Dicho relato formaría parte más tarde del libro de cuentos titulado *The Night Born* (1913).

²¹ Jack London, *El mexicano* (México: Coyoacán, 2003), *passim*.

²² Ethel Duffy Turner, “Writers and Revolutionists” (entrevista de Ruth Teiser) (Berkeley: Regional Oral History Office, Bancroft Library, 1967).

Felipe Rivera, el joven protagonista, caracterizado por London con el estereotipo del “mestizo”, se inspiró en el boxeador “Joe Rivers”, pseudónimo de un soldado villista establecido en El Paso, Texas, quien llegó a competir en los campeonatos de peso ligero y pesado, y quien solía entregar todas sus ganancias a la Junta Revolucionaria.²³

De aquí podemos suponer que Paulino Vera personifique a Ricardo Flores Magón y Arellano y Ramos a los más cercanos colaboradores del líder rebelde, estimados por London como “honestos y corrientes revolucionarios, cuyo odio ardiente hacia Díaz no era más que el repudio de cualquier patriota corriente”.²⁴

Podemos, asimismo, confiar en la verosimilitud del relato cuando nos sitúa en las vísperas mismas del estallido del conflicto y nos hace vivirlas: “el trabajo desvelado, titánico, terrible de los conspiradores anunciaba palpablemente su fruto y había que aprovecharlo a toda costa”.²⁵

Los conspiradores disponían entonces —narra London— de “una avalancha” de hombres dispuestos a jugarse la vida: “aventureros, soldados mercenarios, bandidos, miembros de las asociaciones obreras, socialistas, anarquistas, descamisados, mexicanos exiliados, peones sin trabajo, mineros de las profundidades [...] todos los fugitivos de mar y tierra del mundo contemporáneo complicado y enfermo”.²⁶

La chispa revolucionaria estaba lista. Prendería en el norte de México y también en el sur. El plan era que el fuego se extendiese a todas partes, las ciudades cayeran, una tras otra, siguiesen los estados y, por último, “todos los ejércitos victoriosos de la libertad se concentrarían en la ciudad de México, la última fortaleza del tirano”. Sin embargo, los rebeldes enfrentaban un gran problema: la urgencia de dinero para comprar el cargamento de fusiles y municiones que hiciera arder la mecha.²⁷

London nos transmite la desesperación reinante. El esfuerzo de años, los sacrificios de muchos, la esperanza de todos se abortaría si no reunían los recursos para armar a las “tropas impacientes”. Los jefes ya habían vendido sus bienes personales y también habían acudido y agotado a sus benefactores, incluso sufrido hambre. Nos permite oír, de tal manera, cómo exclama Paulino Vera/Flores Magón: “¡Y pensar que la libertad de México depende de unos cuantos míseros dólares!”.²⁸

Fue entonces cuando Felipe Rivera, el joven de diecisiete años que servía de “mil usos” en las oficinas de la Junta, y a quien al inicio todos creyeron agente de Porfirio Díaz, se comprometió a conseguir en tres semanas cinco mil dólares, instando a sus incrédulos jefes a hacer de inmediato el pedido de armamento. Si bien a partir de ese momento el cuento es ficción —si se puede decir que exista algo que sea sólo ficción—, los motivos del mozo para brindar su auxilio, tal como London los relata, nos permiten entender las mil y una causas de la Revolución mexicana.²⁹

²³ Mario T. García, *Memories of Chicano History* (Los Ángeles: University of California, 1995), 65-66.

²⁴ London, *El mexicano*, passim.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ídem.*

²⁷ *Ídem.*

²⁸ *Ídem.*

²⁹ *Ídem.*

“El mexicano” relata que Felipe Rivera era boxeador y había librado varios pequeños encuentros pugilísticos para obtener dinero para la contienda. En el trance de la próxima batalla, decide contratarse para una pelea de mayor envergadura con Danny Ward, un conocido campeón de box, a quien se enfrentará a pesar de la gran desigualdad de condiciones, pues Ward tiene más edad, más peso y más artimañas, además de contar con el apoyo del público, el empresario, el árbitro y el mismo *coach* de su competidor. Las apuestas se disparan en un cien por ciento a su favor: el espectáculo —aclara London— no iba a ser “una lucha, sino un asesinato”.³⁰

Rivera se mantiene firme a lo largo de los diecisiete rounds que dura el encuentro. Se niega a ser vencido, lucha con convicción, odia el box, pero boxea porque en cada espectador contempla un rifle, todos los rifles que se requieren para hacer caer a la dictadura. Se sostiene en fuerzas profundas que lo vuelven de acero y que, conforme avanza la pelea, llevan a su memoria visiones terribles de su pasado.³¹ Un Jack London “nacido en la clase trabajadora”, en un ambiente “duro y áspero y riguroso”, y a quien siendo niño y adolescente “la vida no le ofreció más que sordidez y miseria, tanto de la carne como del espíritu”,³² intuye cómo, en pleno encuentro pugilístico, Rivera vuelve a mirar las fábricas de Río Blanco y a “aquellos esqueletos ambulantes, las caras de muerto de los hombres que trabajaban en las salas de aquel infierno”. Mira la huelga, el cierre forzado de la empresa y “la muchedumbre de obreros muertos de hambre ante los depósitos de la compañía, el saqueo de las existencias [...] y los soldados de Porfirio Díaz, el silbido mortífero de los fusiles que no paraban de escupir fuego mientras la sangre de los obreros anegaba a sus propios cadáveres”. Mira “aquella noche de pavor en que vio los trenes cargados de muertos, listos para partir rumbo a Veracruz, donde arrojarían su carga a los cocodrilos de la bahía”. Y mira a sus padres entre los cadáveres.³³

Golpe a golpe, asalto tras asalto, el muchacho soporta las trampas, los insultos, las burlas de Danny Ward; las presiones del *referee*, de su *coach*, del público absolutamente contrario. Sólo lo acompañan los recuerdos, sus espantosos recuerdos, que lo sostienen con pie firme en el ring. Vive de nuevo “su odisea a partir de Río Blanco”, la “infinita línea férrea, que se extendía cruzando el desierto; jefes rurales y autoridades de Estados Unidos; prisiones y calabozos, trampas y tanques de agua”. Sobre todo transforma en fusil cada uno de los rostros que lo agreden y divisa “la extensa, árida y asoleada frontera mexicana, donde los millares de revolucionarios mexicanos esperaban rabiosamente fusiles, nada más que fusiles”.³⁴

Jack London hace triunfar a Rivera. Lo hace, según nuestra opinión, porque en agosto de 1911, cuando había fracasado la revolución social que iba a extenderse desde Baja California a todo el planeta y en Los Ángeles, Flores Magón y sus principales colaboradores de la Junta Revolucionaria habían sido puestos en prisión,

³⁰ Ídem.

³¹ Ídem.

³² Ídem.

³³ Ídem.

³⁴ Ídem.

acusados de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos, London conservaba la fe en que una revolución social salvaría a la humanidad, así como una gran admiración por quienes luchaban por ello. Las cuatro primeras palabras de “El mexicano” dicen: “Nadie conocía su historia” y las cuatro palabras de su final abierto: “La revolución podría continuar” nos confirman que aún esperaba el día en que los individuos sin nombre de los que nadie conoce la historia pudieran triunfar.³⁵

Veracruz, 1914

London debió de olvidar a México después de la derrota magonista; lo suponemos porque carecemos de indicios de que le hubiera prestado atención. Es posible que lo desalentara el curso de los acontecimientos al sur del Río Bravo, pero lo que por entonces acaparaba su atención era el Beauty Ranch, que no sólo extendió a quinientas hectáreas mediante la compra de propiedades cercanas y se empeñó desesperadamente en hacer productivo —con viñedos, ganado lechero, cría de cerdos, entre otros—, sino que allí construyó la que llamó Casa del Lobo, una espléndida mansión en la que gastó ochenta mil dólares, a pesar de las críticas de sus compañeros del Partido Socialista, quienes le acusaban de traicionar las ideas que siempre defendió con militancia.³⁶ Para él, en ese tiempo: “Después de mi esposa, el rancho es para mí lo más querido en el mundo”.³⁷

Todo esto requería de mucho dinero. London quiso ganarlo con su pluma y por eso no hubo jornada en que no cumpliera con su meta de escribir mil palabras como mínimo. Pero el dinero que ganaba se iba con rapidez; cuatro novelas y varios volúmenes de cuentos publicados en ese tiempo no le dieron lo necesario para pagar todo.³⁸ Y la situación empeoró a partir del 22 de agosto de 1914, cuando la Casa del Lobo, a punto de estar totalmente terminada, se consumió en un terrible incendio.³⁹

Pese a su mal estado de salud —sufría de una uremia crónica—, decidió empezarla de nuevo. De allí que, al inicio de 1914, cuando William R. Hearst le ofreció viajar a México como corresponsal si la revolución en curso cobraba mayor magnitud o Estados Unidos intervenía, considerara seriamente la oferta. No le importó que Hearst fuera dueño de la poderosa cadena de periódicos que había acusado a los luchadores de Baja California de ser un montón de “vagabundos, bandoleros, forajidos”, incluso de “filibusteros” y que fuese también evidente que, de acceder a trabajar para él, no podría enviar reportajes contrarios a los intereses del empresario.⁴⁰ Pero

³⁵ Ídem.

³⁶ Dale L. Walker, “Wolf House Burning”, en <http://www.jacklondon.net/writings/WolfHouseBurning/page_four.html>, consultada el 24 de octubre de 2010; O'Connor, *Jack London*: 369-370, 396-399, 410-411.

³⁷ Jack London y Sinclair Lewis, *Letters* (Rochester, N. Hampshire: Odyssey, 1965), 432.

³⁸ Adrian Praetzellis y Mary Praetzellis, “‘Utility and Beauty Should Be One’: The Landscape of Jack London’s Ranch of Good Intentions”, *Historical Archaeology* 23 (1989): 2, 10.

³⁹ Ídem.

⁴⁰ McDougal, *Privileged Son...*, 74-75; Hernández, *El magonismo...*, 148.

si tres años antes hubiera echado al empresario con cajas destempladas, los meses y las desilusiones no habrían sido inútiles y ahora sólo quería invertir en su rancho y restaurar su incinerada mansión. Si no hubo trato fue porque no hubo acuerdo respecto de los honorarios del escritor.⁴¹

Los acontecimientos se desarrollaron de tal manera que, unos meses después, London recibió una mejor oferta por un trabajo equivalente. El 9 de abril de 1914, un barco estadounidense atracó en Tampico y envió a tierra para comprar combustible a un oficial y ocho marineros, quienes tan pronto como desembarcaron fueron arrestados por soldados del dictador Victoriano Huerta —el año anterior había derrocado al gobierno de Madero—, muy inquietos por la proximidad de las tropas rebeldes. Si bien el general Morelos Zaragoza, a cargo de la plaza, corrigió el error de inmediato y presentó disculpas al contralmirante Henry T. Mayo, comandante de las fuerzas navales del vecino país del norte en el Golfo de México, éste juzgó que era insuficiente; después de todo, sus hombres habían sido sacados de un barco que enarbolaba la bandera de las barras y las estrellas, esto es, de su propio territorio. Por tanto, exigió una reparación oficial, castigo para los culpables y una salva de veintidós cañonazos para desagrar a la insignia patria. Sin mostrar mayor juicio o mesura, el almirante Frank J. Fletcher, su superior inmediato, le dio todo su respaldo.⁴²

Lo que pudo quedarse en un incidente, derivó en un grave conflicto. En tanto, el presidente Woodrow Wilson consideraba la conveniencia de llevar a cabo una acción punitiva que favoreciera, de paso, a la oposición constitucionalista, Victoriano Huerta pensó tener entre las manos la forma de mejorar el menguante apoyo interno a su régimen.⁴³

El desenlace fue inesperado. Cuando el 18 de abril llegaron noticias a Washington de que un vapor alemán con una carga de armas para Huerta estaba a punto de atracar en Veracruz, Wilson ordenó tomar la aduana del puerto. Se pensó —y esperó— que la ocupación sería fácil, pero la resistencia, primero de las tropas federales, después de los civiles y cadetes de la Escuela Naval forzaron a abrir “fuego a discreción” desde las naves y al descenso de 3 500 infantes de marina. La tarde del 22 de abril, después de doce horas de lucha, el puerto de Veracruz había sido dominado. Al frente de la quinta brigada, a la que se sumaron cuatro regimientos más, el general Frederick Funston se hizo cargo de la situación el día 27.⁴⁴

En Estados Unidos hubo un amplio rechazo a esta intervención, si bien una minoría muy importante exigió aún más: quienes tenían intereses en esto, quienes no los tenían y quienes no sabían nada sobre nuestro país, pero sí creían ciegamente en la superioridad de la raza, cultura y nación White Anglo Saxon and Protestant.⁴⁵ Para sorpresa de muchos, Jack London se evidenció entre estos últimos.

⁴¹ O'Connor, *Jack...*, 420-421.

⁴² Friedrich Katz, *La guerra secreta en México/The Secret War in Mexico* (México: Era, 1998), 227; Knight, *La Revolución*, vol. 2, 692-693.

⁴³ *Ibíd.*, 693.

⁴⁴ Lawrence Lenz, *Power and Policy: America's First Steps to Superpower, 1889-1922* (Nueva York: Algora, 2008), 194-195; Katz, *La guerra...*, 228-229; Knight, *La Revolución*, vol. 2, 693-698.

⁴⁵ *Ibíd.*

El famoso escritor, que no dejaba de padecer apuros económicos, había recibido poco antes de la caída de Veracruz una oferta de la revista *Collier's: The National Weekly*, de excelente reputación y baluarte del periodismo crítico en Estados Unidos, así como de defensa de los valores democráticos y progresistas de la época, para cubrir cualquier campaña que se librara en México; a cambio, recibiría el salario semanal sin precedentes de mil cien dólares, además de sus viáticos. Aceptó, aun cuando su salud iba en deterioro creciente, porque le urgía el dinero, pero también por el deseo de probarse como corresponsal de guerra en una campaña que —eso esperaba— lo llevaría hasta la ciudad de México.⁴⁶

De suerte que decidió ir por tierra de Los Ángeles a El Paso y de allí tomar rumbo a Galveston, donde abordaría un transporte militar para trasladarse al puerto de Veracruz. En este lugar aguardó a que a él y a “las bandadas de buitres” —como solía llamarse entonces a los periodistas— les llegaran los permisos de viaje desde Washington. En el breve intervalo tuvo lugar el “incidente de Tampico” y, desde el otro lado del Golfo de México, él pudo entonces vislumbrar “el resplandor rojo, cada vez más rojo de la guerra”.⁴⁷

Un imprevisto trastornó sus planes de partir de inmediato hacia México; su autorización no llegó, a diferencia de las de sus compañeros, que pudieron partir casi de inmediato. De hecho, no supo de su rechazo sino poco antes de que el resto zarpara. Corrió al cuartel del general Funston a reclamar enfurecido; un ayudante le comunicó que el motivo del rechazo era el artículo que publicó en la *International Socialist Review* del mes de octubre, al que London denominaría después “La farsa del buen soldado”.⁴⁸

El “buen soldado”, como se titulaba el susodicho artículo, era muy breve, pero en éste se ofendía a todo el ejército y la flota de Estados Unidos. En una época de reclutamiento intenso —la Gran Guerra estaba a punto de estallar—, el escrito se dirigía a los jóvenes del país, a quienes se aseguraba que lo más bajo en que podían caer era convertirse en soldados. Y agregaba:

El buen soldado nunca distingue entre lo bueno y lo malo. Nunca piensa; nunca razona; sólo obedece. Si se le ordena disparar a sus conciudadanos, a sus vecinos, a sus parientes, obedece sin dudar. Si se le ordena disparar hacia una multitud que pide pan, obedece [...], sin que sienta remordimiento o compasión. Si se le ordena que forme parte de un pelotón de fusilamiento para ejecutar a un héroe o a una persona generosa, dispara sin dudarle, aunque sabe que la bala penetrará en el corazón más noble que haya latido en el pecho de un hombre [...].

⁴⁶ London había cubierto la guerra ruso-japonesa en Manchuria y Corea en 1905. O'Connor, *Jack London*: 421-422; Leonard Ray Teel, *The Public Press, 1900-1945: The History of American Journalism* (Westport: Greenwood Press, 2006), 14-15.

⁴⁷ Jack London, “The Red Game of War”, *Collier's*, 16 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/jl/TheRedGameOfWar.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010. *Collier's*, “Red”, 16 de mayo de 1914; O'Connor, *Jack London*: 423-424; Elisa Ramírez Castañeda, Prólogo, en Jack London, *México intervenido. Reportajes desde Veracruz y Tampico, 1914* (México: Toledo, 1990), 14.

⁴⁸ London, “The Red Game of War”; Thomas Streissig, *Jack London* (Mineápolis: Twenty-First Century Books, 2001), 97; O'Connor, *Jack London*, 423-424; Ramírez, Prólogo, 14.

Y, como si esto fuera poco, el texto remataba: “¡Abajo con el ejército y la armada! No necesitamos instituciones asesinas. Necesitamos que den vida”.⁴⁹

London se presentó ante el general Funston para negar que él fuese el autor del texto. Pero su fama le precedía. “El buen soldado” era similar en fondo y forma a varios de sus escritos y aparecía en una revista reconocida como voz de su partido. De allí que el Departamento de Guerra opinara que su presencia en el puerto de Veracruz resultaba indeseable. Para colmo, él no se había tomado la molestia de exigir una aclaración al aparecer el artículo con su nombre y también calló cuando se reimprimió en otras revistas, periódicos y carteles, así como cuando llegaron peticiones al Congreso de que se hiciera una investigación.⁵⁰

El novelista fue tan convincente, se defendió con tal pasión que Funston acabó por creerle y le ofreció que tan pronto recibiera las credenciales, podría pisar el puerto mexicano. Así fue, pero más bien porque para entonces su aclaración y sus reproches habían llegado a Washington, donde Josephus Daniels, secretario de Marina, le otorgó el tan deseado permiso de viaje. Más tarde, London manifestaría a *The Army and Navy Journal* y a otros periódicos no ser el autor de “The Good Soldier” y así lo sostuvo hasta el final de sus días.⁵¹

El flamante corresponsal pudo zarpar el 24 de abril de 1914 en el *Louisiana*, el barco de guerra que dirigía el convoy de otros tres. Al llegar a Veracruz, se sintió sorprendido y orgulloso por la presencia dominante de la flota de su país: eran tantas las naves —dice a los lectores—, que para hacerles sitio fue preciso “despejar el atestado puerto, tantas veces como naves hay en mar abierto [...] barcos de suministros, barcos hospital, uno de transmisiones y los carboneros” —modernos “laboratorios eléctricos, químicos y mecánicos” atendidos por científicos y técnicos—. En un detalle de índole literaria y efectiva, registra que por encima de todos zumbaba un hidroplano naval “como un escarabajo gigantesco en el día gris”.⁵²

London desembarcó, dispuesto a entregarse de lleno a sus labores de corresponsal de guerra, que a su juicio consistían en seguir a las tropas y estar cerca del frente. No pudo hacerlo: el combate había terminado días antes de su arribo y ya no se reanudó. En la ciudad portuaria reinaría la calma que aseguraban los fusiles de los soldados que efectuaban sus rondines, alertas.⁵³

Su chasco fue tan grande que aumentó la depresión causada por el mal estado de su salud. Debió pasar largas horas en el café del Hotel Diligencias, donde estaba alojado, escribiendo junto a una mesa, con una botella al lado, a la espera de que llegara algún refugiado o reportero y le acompañase a la barra. Entonces bebía más, jugaba

⁴⁹ Kingman, “Good Soldier Canard”, en <<http://www.jacklondon.net/canard.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010; O'Connor, *Jack London*: 424; Ramírez, Prólogo, 14.

⁵⁰ Streissig, *Jack London*: 98; O'Connor, *Jack London*, 424; Ramírez, Prólogo, 14-15.

⁵¹ Jack London, “The ‘Good’ Soldier”, *The International Socialist Review* (octubre de 1913), en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/TheGoodSoldier.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010; Ramírez, Prólogo, 15.

⁵² Jack London, “With Funston’s Men”, *Collier’s*, 23 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/WithFunstonsMen.html>>, consultada el 18 de noviembre de 2010.

⁵³ *Ibíd.*; O'Connor, *Jack London*, 425.

a los dados, bebía otra vez, apostaba, bebía aún más, entre los rumores y lamentos de los demás por las restricciones que el ejército imponía a los viajes al interior de México y de los que él se hacía eco.⁵⁴

Aparte de lo anterior, dormir la siesta y dar vueltas a la plaza, no había otra cosa en que matar el tiempo. Con todo, London entrevistó a algunos soldados y marinos, y tomó fotografías.⁵⁵ Hizo una breve excursión a Tampico en un barco de vapor, al poco de que este puerto cayera en poder de las tropas constitucionalistas. Llamó entonces su atención la gran cantidad de buques tanque situados en ambas vertientes del río Pánuco, el cual navegó hasta divisar propiamente la ciudad de Tampico. Visitó varias tabernas, así como un campo petrolero y convivió con los recién regresados empresarios estadounidenses, a los que bautizó como “aventureros” y lo hicieron sentirse en “el Oeste, la frontera, el campamento minero”.⁵⁶

Tuvo por entonces la intención —dijo— de escribir una novela, lo cual, a la postre, no llevaría a cabo. También contrajo una terrible disentería, que se le complicó con fiebre alta, pleuresía y el problema renal crónico, todo lo cual le forzó a internarse en un hospital. Estuvo a punto de morir; salió adelante, pero en junio, tan pronto logró cierta mejoría, regresó a su país en condición de extrema debilidad.⁵⁷

Siete artículos, todos dignos de su excelente pluma, aparecerían en *Collier's* desde el 16 de mayo de 1914. Los lectores de la revista subieron al mismo ferrocarril que lo trasladó a Galveston, sintiendo como él que “la guerra iba hacia el sur sobre ruedas”. Juntos observaron a los jóvenes dirigirse al otro lado del golfo, como si se tratara de “una aventura”, seguros de ser “capaces de hacer cualquier cosa a los mexicanos” y supieron que una buena parte de sus compatriotas pensaban que, además de Veracruz y Tampico, “los Guardias Nacionales y los Rangers tendrían que [...] adueñarse de cuanto pueblo o charco hubiera a lo largo de toda la frontera, hasta llegar al Pacífico”.⁵⁸

De la mano del escritor, los aficionados a *Collier's* hicieron propia su versión de los últimos hechos en México: Victoriano Huerta, quien hizo asesinar por sus esbirros al presidente Francisco I. Madero cuando éste pretendía “escapar en la oscuridad de la noche”, se tambaleaba en Palacio Nacional. Sin esperanzas de huir, llegar a Veracruz y embarcarse para Europa, vivía temeroso de que Francisco Villa, con “el pico y las garras rojas por muchas victorias”, alcanzara la capital a cobrar venganza y liquidarlo.⁵⁹ De allí que —dice London— el “dictador indio” creyera contar con

⁵⁴ O'Connor, *Jack London*: 425; Ramírez, Prólogo, 17; Pierre Boucheron, “In Sharper Focus”, *Advertising and Selling Fortnightly*, 6 de mayo de 1925, 38.

⁵⁵ Meg McConahey, “Eyes of London”, *The Press Democrat*, 16 de octubre de 2010, en <<http://www.google.com/search?tbm=bks&tbo=1&hl=es&q=Meg+McConahey+&btnG=Buscar+libros#sclient=psy&hl=es&q=Meg+McConahey+Kacl+London+&aq=f&aqi=&aql=&oq=&psj=1&fp=442521d790bcd590>>, passim.

⁵⁶ Jack London, “Our Adventurers in Tampico”, *Collier's*, 27 de junio de 1914, <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/jl/OurAdventurersInTampico.html>>, consultada el 24 de noviembre de 2010.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ London, “The Red Game of War”; Zinn, *A People's History...*, 240.

⁵⁹ *Ibid.*

un escape si producía un conflicto entre Estados Unidos y el furioso norteño, esto es, si jugaba su única carta: “ignorar el procedimiento del saludo formal a la bandera”. Así esperaba obligar al “gringo” a salvarlo, seguro de que éste no le entregaría “a la tierna misericordia de Villa”.⁶⁰

Esta explicación provenía de las noticias transmitidas por la prensa y, desde luego, de los rumores circulantes. También compartía la certidumbre estadounidense, que tenían London y muchos de sus compatriotas, de que su sangre “impura” o “mestiza” (mixed-blood), la “sangre mezclada de las razas de Cortés y Moctezuma”, hacía víctima a Huerta de todos los vicios y pecados. Lo acusaba de varias cosas, entre otras, de haber traicionado y hecho matar sin testigos a Madero y robarse diez millones de pesos que en ese momento guardaba en Europa.⁶¹

London redundaba en que estos hombres de sangre impura —la mayoría mexicana— libraban la guerra de forma innoble, aunque no le constaba, nada más repetía lo que le contaron, con frecuencia adornado con sus propios prejuicios. De tal modo relata cómo la víspera del desembarco extranjero, el general Gustavo A. Maas, jefe militar del puerto, soltó a los criminales presos y huyó. Si bien estos hombres lucharon contra los ocupantes, cometieron también abusos y tuvieron aterrorizada a la población.⁶² Se mofa de la defensa de Veracruz —calificada de “heroica” por los historiadores mexicanos—, al afirmar que sólo a “hombres muy tontos o muy temerarios” pudo ocurrírseles disparar desde la Escuela Naval contra los marinos y los infantes de marina de su país, cuando allí cerca estaba el barco *Chester*, el cual respondió disparando durante cinco largos minutos, en lo que a algunos espectadores les recordó “las exhibiciones de tiro de Buffalo Bill”.⁶³

Si bien nuestro corresponsal-escritor describe con más simpatía a las tropas constitucionalistas del general Pablo González, con las que trató en Tampico,⁶⁴ lo cierto es que casi todos los mexicanos le merecieron un gran desprecio. Eran “indios” —dice como si serlo fuese una desgracia—, “patéticamente chaparros, hundidos de pecho, angostos de espaldas”.⁶⁵ Concurriendo en los axiomas de la leyenda negra, explica a los lectores de *Collier's* que estos “indios” o “peones” tenían un “aspecto bovino” por ser descendientes de dos razas inferiores: “los millones de estúpidos, que no pudieron resistir a varios cientos de pelafustanes dirigidos por Cortés, y tontos cambiaron la ruda esclavitud de los Moctezuma por la no menos ruda esclavitud de españoles y mexicanos posteriores”.⁶⁶

Redunda en que la razón principal de su inferioridad radicaba en la “sangre impura” que surcaba sus venas. Sin ser “ni blancos, ni indios”, portaban “todos los

⁶⁰ *Ibíd.*

⁶¹ London, “The Red Game of War”.

⁶² London, “With Funston’s...”.

⁶³ *Ibíd.*

⁶⁴ Le parecieron guerreros “temerarios”, “despreocupados”, “exuberantes por la buena comida y el buen humor” (London, “Our Adventurers...”).

⁶⁵ Jack London, “Lawgivers”, *Collier's*, 20 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/Lawgivers.html>>, consultada el 23 de noviembre de 2010.

⁶⁶ London, “With Funston’s...”.

vicios de varias sangres mezcladas y ninguna de sus virtudes”.⁶⁷ De allí que la unión de “gente atrasada en el desarrollo del gobierno y gente desprovista de talento para gobernar produjera el gobierno débil e ineficiente que México ha tenido durante los últimos cuatro siglos”.⁶⁸

London revela su falta de estima, si bien la disimula con talento literario que puede engañar peligrosamente al lector. Esto resulta claro cuando describe una escena que le causó honda impresión y en la que, entre gritos y jalones, varias decenas de hombres, mujeres y niños “miserables, se arrojaron sobre los escombros de la Escuela Naval, tan pronto se retiró la vigilancia militar que la cercaba, arrebatándose cuanto deshecho o desperdicio hallaron”. Corrían de “un lado a otro como hormigas ante un tarro de miel” y gozaban —remata— si tenían éxito.⁶⁹ El relato despierta repulsión, de ningún modo entendimiento y menos aún simpatía.

Y es que sin pronunciarse abiertamente contra su fe socialista, London dio prioridad en México a su fe tan estadounidense en el individuo, la cual le permitía justificar la propia búsqueda de beneficios, a la vez que defender y explicar abusos que, de otra manera, no habría podido defender ni explicar. Cuando estallara la inevitable revolución mundial —predica entonces— sería dirigida por unos cuantos hombres fuertes y arrogantes, los únicos que sobrevivirían y dejarían atrás a los no aptos, esa clase inferior a la que siempre llamó bestial, corrupta y degenerada, una clase a la que también consideraba mediocre y pasiva.⁷⁰

En realidad, nuestro autor había creído siempre en la superioridad de los White Anglo-Saxon and Protestants. En México, ratificó esta convicción: “Todo lo que las otras razas no son, lo es el anglosajón [...]” —escribe—. Éste poseía muchos dones, entre otros, un “talento innato para el gobierno”: lo probaba que, sin importar el lugar en que este “superhombre” pusiera el pie, allí reinaban “la decencia y el orden”.⁷¹ Así, el tío Sam se las compuso para que en unas semanas reinaran en el puerto de Veracruz la “salud, el orden y los negocios crecientes. El dinero se revaluó; los precios subieron; las ganancias aumentaron”.⁷² Eso sí, para restaurar la paz fueron precisos “cuatro mil soldados y veinte mil infantes de marina y marineros”, además de buques de guerra,⁷³ pero los veracruzanos recordarían siempre “esta conquista estadounidense y anhelarán el día bendito en que sean conquistados de nuevo”.⁷⁴

No es, pues, extraño que, con esta perspectiva, el famoso escritor se hiciera portavoz de la doctrina Monroe. A la pregunta de quién podrían estos mexicanos recibir un “trato justo” si sus autoridades eran iguales a ellos, incapaces de proporcionárselos,

⁶⁷ Jack London, “The Trouble Makers of Mexico”, *Collier's*, 13 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/TheTroubleMakersOfMexico.html>>, consultada el 22 de noviembre de 2010.

⁶⁸ London, “Lawgivers”.

⁶⁹ Jack London, “Mexico’s Army and Ours”, *Collier's*, 30 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/MexicosArmyAndOurs.html>>, consultada el 19 de noviembre de 2010.

⁷⁰ Harpham, “Jack London and the Tradition...”, 27, 32.

⁷¹ London, “Lawgivers”.

⁷² London, “Mexico’s”.

⁷³ London, “Lawgivers”.

⁷⁴ London, “Mexico’s”.

declara que sólo de Estados Unidos, el “hermano mayor de las naciones del Nuevo Mundo”. Nadie mejor para “vigilarlo, organizarlo y dirigirlo”.⁷⁵ Si bien este hermano mayor carecía de una “historia inmaculada”, sí podía dar “ejemplo” del buen trato que en su territorio se daba a los peones de origen mexicano. ¡Cuán pronto había olvidado lo que tres años antes denunció en “El mexicano”!⁷⁶

Por tanto, ayudar a México —sostiene— correspondía a su país, ya que entre los mexicanos faltaba un “hombre fuerte” o “movimiento nacional o popular” para hacerse cargo. Aclara que a la mayoría mexicana de estos hombres nada más les interesaba vivir en paz, no ser arrastrados al frente. Niega las dimensiones que se daban al hecho de que el “hambre de tierra” hubiera llevado a la revuelta. Nuestro autor cancela de tal forma una justificación primordial de la Revolución mexicana al afirmar que la supuesta “hambre de tierra” que llevó a la insurrección no había existido, por lo menos no en las dimensiones que se le adjudicaban. De verdad no creía que “la cuarta parte del 1 por ciento de los peones” alzados lo hubiesen hecho con el fin de “obtener tierra gratis o de ganar algo más”.⁷⁷

El escritor no contaba con la menor duda de que la mala relación con los mexicanos derivara de la falsa suposición de sus compatriotas de que pensaban, sentían y actuaban como ellos, esto es, compartían los mismos valores. Esto era un error, agravado por la esperanza de que aquéllos alguna vez cambiarían de conducta y, por tanto, que fuese posible “tratarlos y negociar como si fueran exactamente iguales a nosotros, con una historia similar, instituciones similares y una ética similar”.⁷⁸

Jamás habían tenido estos valores —afirma—. Salvo en contados casos —como los de Benito Juárez y Madero—, quienes los gobernaron durante los últimos cuatrocientos años procedían del quinto de la población, el constituido por ladrones que se disputaban “el reparto de las sobras”, a veces eran “valientes, pero jamás valerosos”, en cambio, siempre “traidores”, de “mentes infantiles” y peligrosos por “jugar con armas”. Era imposible que el estadounidense promedio pudiera comprenderlos, nunca estarían al mismo nivel.⁷⁹

No le inquietaba que fuera indispensable el recurso de la violencia; la veía como un purgante para eliminar los males sociales. De allí que le hubiera bastado con apenas asomarse al conflicto al otro lado del Golfo de México para concluir que, mientras no existiera en la tierra “una fuerza y un tribunal de vigilancia internacional”, el tío Sam tendría que “seguir armando barcos de guerra [...] y entrenando a sus jóvenes [...]”.⁸⁰ La intervención bélica resultaba precisa para salvar a México de sí mismo.⁸¹

⁷⁵ *Ibíd.*

⁷⁶ *Ibíd.*

⁷⁷ London, “The Trouble...”; Harpham, “Jack London and the Tradition...”, 29.

⁷⁸ *Ibíd.*

⁷⁹ *Ibíd.*

⁸⁰ Jack London, “Stalking the Pestilence”, *Collier's*, 6 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/StalkingThePestilence.html>>, consultada el 21 de noviembre de 2010.

⁸¹ *Ibíd.*

El escritor de gran oficio supo elegir temas para conmover a los lectores. Uno fueron los refugiados. Que decenas de hombres, mujeres y niños de su misma raza y nacionalidad hubieran tenido que huir ante “las chusmas que los saqueaban, robaban y gritaban mueras” le indignaba. ¿Cuántos de sus lectores no se habrían sentido emocionados al enterarse de la alegría de sus compatriotas al ver “uniformes americanos”? ¿Cómo no conmoverse al saber que, al acercarse el ferrocarril que los trasladaba al puerto de Veracruz, la vista de la flota en la bahía los llenó de júbilo?⁸²

Otro tema atractivo eran los empresarios petroleros, o “aventureros” como les llama London, que corrieron con una suerte peculiar. Al optar por la ocupación de Veracruz, el presidente Wilson había puesto a la colonia estadounidense en Tampico en condición de suma vulnerabilidad. Si bien el ejército federal mexicano llevó a muchos a los barcos de guerra que dejaban el Pánuco, quienes no corrieron esta suerte la pasaron mal: “Hubo multitudes en las calles y los estadounidenses —hombres, mujeres y niños— se refugiaron en los hoteles, mientras las multitudes despedazaban y escupían sobre nuestra bandera y gritaban mueras [...]”. Unos cuantos quedaron atrapados en los campos petroleros, pero mostraron una conducta “heroica” al escapar en medio de dificultades incontables hacia el río y subir al vapor que los remontó por él: “soldados y saqueadores les disparaban, tropas federales los seguían a caballo por las orillas”.⁸³

Sin duda, las voces de los refugiados y los petroleros fueron un medio eficaz para convencer a muchos de cuán equivocadas resultaban las medidas elegidas por Washington para salir del brete en que se metió y de que la ocupación militar debía llevarse hasta sus últimas consecuencias. Medidas diplomáticas como el arbitraje de Argentina, Brasil y Chile parecían necias; ni asegurarían la vuelta a México de esos grupos ni tampoco la reparación de los negocios en que los ciudadanos de Estados Unidos habían puesto más “capital, cerebros y capacidad técnica” que cualquier otro país.⁸⁴

El feroz crítico del capitalismo cayó en contradicciones. Por más que juzgara “perniciosas” las actividades de estos “aventureros” del petróleo, no pudo ocultar la admiración que le producía el contemplar las numerosas empresas que sus connacionales ya tenían parte muy importante en los yacimientos de Tampico, a pesar de que aún les tomaría tiempo y dinero obtener ganancias, pues —con sabiduría empresarial— destinaban gran parte de éstas a la exploración de los campos.⁸⁵

Los siete artículos de Jack London fueron leídos por un sector de peso e influencia en su país y tuvieron mayor impacto por estar bien escritos y por ir acompañados de dibujos y fotografías. Sin duda, el retrato de un México y unos mexicanos inferiores y en declive constituían toda una defensa de la intervención, “un alegato

⁸² London, “With Funston’s...”; Kevin Starr, *Americans and the California Dream, 1850-1915* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), 215.

⁸³ London, “Our Adventurers...”.

⁸⁴ London, “With Funston’s...”.

⁸⁵ London, “Our Adventurers...”.

en favor —diría John K. Turner— de lo que los mexicanos llaman ‘el imperialismo yanqui’.⁸⁶

No puede entonces sorprender que el Partido Socialista de Estados Unidos acusara a su célebre afiliado de traicionar sus principios y propias ideas acerca de la justicia de la Revolución mexicana. En México, sin pronunciarse abiertamente contra su fe socialista, London había dado prioridad a su fe tan estadounidense en el individuo, la cual le permitía justificar su propia búsqueda de beneficios, y defender y explicar abusos que, de otra manera, carecían de defensa o explicación.

Pero él, que de regreso a California hubo de convalecer en su rancho varias semanas, guardó silencio al respecto. Es posible que le importara poco lo que otros dijeran; su fervor por el socialismo había menguado; de hecho, en 1916 presentaría su renuncia al partido al que había pertenecido durante muchos años. Tampoco le interesó que su ahora ex amigo Turner lo acusara de dejarse adular por los petroleros e insinuase —sin pruebas— que se hubiera dejado corromper. Al respecto, escribe Turner:

Hubo un tiempo en que [London] gozaba de la reputación de ser hombre de pueblo. Sus escritos muestran que no albergaba ilusiones respecto de las virtudes de la sociedad actual. Cuando la Revolución mexicana era débil, en sus inicios, hace cinco años, Jack London tuvo unas palabras a su favor. Pero cuando salió de Tampico y escribió para el *Collier's Weekly* sobre el petróleo mexicano y los petroleros estadounidenses, invirtió todos los principios de su filosofía socialista.⁸⁷

La realidad es que lo que en ese momento le interesaba más era ser y comportarse como un próspero empresario y escritor, y que por eso dejaba atrás las ideas que defendió desde siempre. No cambiaría de opinión por el resto de su vida, que, por lo demás, terminaría muy pronto, a fines de 1916.⁸⁸

Reflexión final

El seguimiento de la literatura de Jack London sobre México y la revisión de su biografía y el medio en que la produjo nos permiten ver que en el escritor y sus textos se hallaban presentes las mismas corrientes ideológicas contradictorias respecto de la Revolución mexicana que había en Estados Unidos. Desde los simpatizantes del movimiento, con los cuales el prestigiado autor coincidió por un buen tiempo, merced a la pobreza y las dificultades sufridas durante su niñez y juventud, hasta los inversionistas, cuyo espíritu empresarial y arrojo no dejaría de admirar, pues, a su juicio, personificaban lo mejor del espíritu de su país. Los avatares de esta biografía y la

⁸⁶ Eugenia Meyer, *John Kenneth Turner* (México: Era, 2005), 324.

⁸⁷ Turner, “Appeal to Reason”, Girard, Kansas, 26 de junio de 1915, en Meyer, *John Kenneth Turner*, 324; O’Connor, *Jack London*: 430; Clarice Stasz, *Jack London’s Women* (Boston: University of Massachusetts, 2001), 200.

⁸⁸ *Ibíd.*

forma de responder de Jack London ante la situación nos ofrecen, por lo demás, indicios de lo que en ese momento acontecía en el seno de la sociedad estadounidense, una sociedad rota y cambiante, en el seno de la cual, por tanto, se escuchaban muchas voces.

¿Era London un embustero que, por un lado, predicaba una doctrina y, por el otro, vivía y quería vivir como esos capitalistas cuya destrucción había anunciado en el pasado? De ningún modo; pensamos que al final de su vida, como a lo largo de ésta, procedió de forma honesta y leal a sus ideas, siempre acorde con las circunstancias.

Fuentes complementarias

JONES, MALDWIN A.

1995 *Historia de Estados Unidos 1607-1992*. Madrid: Cátedra.

LONDON, JACK

1906 “What Life Means to Me”, *Cosmopolitan Magazine* (marzo), en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/WhatLifeMeansToMe.html>>, consultada el 15 de septiembre de 2010.

LONDON, JACK *et al.*

1985 *Bajando la frontera*. Pról., sel. y notas de Paco Ignacio Taibo II. México: Leega Júcar.